

RESURRECCIÓN [218]

2024

Contemplación – día 29

Entramos con esta contemplación en la cuarta semana de los ejercicios, en la cual contemplaremos a Nuestro Señor Jesucristo resucitado, triunfante, glorioso. Ésta cuarta semana tiene por finalidad poner nuestra esperanza en Nuestro Señor, porque el término de la encarnación no fue solamente la Pasión, sino cumplir todo el misterio Pascual que es también resucitar y subir a los Cielos para abrirlos para nosotros.

San Ignacio propone como primera contemplación de esta Semana la aparición del Señor a María en el número [218] de los Ejercicios y en los siguientes números.

[218] LA PRIMERA CONTEMPLACION COMO CHRISTO NUESTRO SEÑOR APARECIO A NUESTRA SEÑORA, NUM. [299].

[299] DE LA RESURRECCION DE CHRISTO NUESTRO SEÑOR; DE LA PRIMERA APARICION SUYA.

1º Primero: apareció a la Virgen María, lo qual, aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho, en decir que apareció a tantos otros; porque la Escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito: (*¿También vosotros estáys sin entendimiento?*).

La historia es que Jesús, recién resucitado se aparece a la Virgen muy temprano el domingo de Pascua. La tradición de la Iglesia siempre ha considerado esta aparición como verdadera. La primera persona que vio a Jesús resucitado fue su Madre y como saben Jesús se lo reveló a Santa Teresa de Jesús. La Santa nos cuenta que se le apareció Jesús resucitado: «Díjome que resucitado había visto a Nuestra Señora porque estaba ya con gran necesidad; que la pena la tenía tan absorta y traspasada que aún no tornaba luego en sí para gozar aquel gozo...; y que había estado mucho con ella, porque había sido menester, hasta consolarla...».¹

La oración preparatoria es la misma de siempre.

Ponerse en presencia de Dios

Oración preparatoria:

[46] Pedir gracia a Dios Nuestro Señor para que todas mis intenciones, acciones y operaciones se ordenen puramente al servicio y alabanza de su divina majestad.

¹ SANTA TERESA DE JESÚS, CC, 13, 11ss.

Historia:

[219] 1º *preámbulo*. El primer preámbulo es la historia, que es aquí cómo después que Cristo espiró en la cruz, y el cuerpo quedó separado del ánima y con él siempre unida la Divinidad, la ánima beata descendió al infierno, asimismo unida con la Divinidad; de donde sacando a las ánimas justas y viniendo al sepulchro y resucitado, apareció a su bendita Madre en cuerpo y en ánima.

Composición de lugar:

[220] “Segundo preámbulo. El segundo, composición viendo el lugar: será aquí ver la disposición del santo sepulcro, y el lugar o casa de Nuestra Señora, mirando las partes de la casa en particular; asimismo la habitación, el oratorio, etc.”. Puede ser tal vez útil pensar en el cenáculo, en aquel ambiente en un segundo piso donde Nuestra Señora se había retirado y donde había transcurrido el sábado, en compañía tal vez de las otras santas mujeres, y donde se le apareció Jesús el sábado por la mañana muy temprano.

Petición:

[221] “Tercer preámbulo. El tercero: pedir lo que quiero; será aquí pedir gracia para alegrarme y gozarme intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor”. Se trata de una alegría y de un gozo espirituales, fruto del Espíritu Santo y por lo tanto una gracia de Dios, por eso la debemos pedir.

CUERPO DE LA MEDITACIÓN

[222] **Primer punto. Segundo punto. Tercer punto.** El primero, segundo y tercer puntos son los mismos que dijimos en la cena de Cristo nuestro Señor [194].

Entonces, ver las personas, ponernos en la escena como testigos; oír lo que dicen; mirar lo que hacen; y buscar de sacar algún provecho espiritual para nosotros. Se puede pensar en el diálogo entre Jesús y la Virgen sobre sus sufrimientos, Él que no ha querido ahorrarle tantos sufrimientos y ahora es a la primera persona que viene a consolar. Tal vez hablaban de los frutos de la Redención. Pensaban en nosotros...

San Ignacio trae después dos puntos importantes: así como en la Pasión nos había dicho de buscar ver cómo sufría el Señor, cómo la divinidad se escondía, y pensar que todo eso era por mis pecados, ahora en cambio:

[223] **El cuarto:** considerar cómo la Divinidad, que parecía esconderse en la Pasión, aparece y se muestra ahora tan milagrosamente en la santísima Resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos de ella.

[224] **Quinto punto.** El quinto: mirar el oficio de consolar que trae Cristo nuestro Señor, comparando cómo un amigo suele consolar a otro.

La misión de consolador. El mismo Jesús, en el Evangelio de Juan, en la Última Cena, cuando prometió enviar el Espíritu Santo, dijo: «*Os enviaré otro Consolador*», indicando así que Él también lo es. De hecho, en la Última Cena, Jesús quiso consolar a sus apóstoles con los discursos que relata San Juan, por la tristeza de esta partida. En casi todas las apariciones de Jesús resucitado vemos esta función del Señor, así en Lucas 24 vemos cómo intenta

consolar a los discípulos de Emaús, se acerca a ellos, les explica las Escrituras, parte el pan para ellos y sus corazones arden. Así también con los apóstoles que no creían que era Jesús les dice «*miren mis manos, los fantasmas no tienen carne ni huesos*», e incluso les pidió comida. Especialmente en **Juan 21,15ss** se cuenta cómo Jesús consuela a Pedro después de su triple negación: «*¿Me amas, Pedro? Apacienta mis ovejas*», «*¿me amas más que éstos?*...» En la aparición de **Jn 20,21-23** les comunica el Espíritu Santo: «*Recibid el Espíritu Santo*», el otro consolador y es Jesús quien lo envía. Luego, en **Jn 20,11-18**, en la aparición a María Magdalena, que estaba muy triste y se había quedado cerca del sepulcro vacío, Jesús va a su encuentro precisamente para consolarla.

A propósito de esto dice Santa Teresa en el *Libro de la vida*: ¿quién nos quita estar con Él después de resucitado, pues tan cerca le tenemos en el Sacramento, adonde ya está glorificado...?»². También en el sacramento Jesús tiene esta función de consolar.

Y a continuación, Santa Teresa compara esta presencia eucarística con aquel momento en el que Jesús resucitado se dirige a sus amigos para consolarlos: «contempladle ya glorioso, resucitado, antes de subir al cielo, cómo animaba a unos, cómo daba fuerzas a otros. Y así es para nosotros, como nuestro compañero en el Santísimo Sacramento; su amor es tan grande que parece que no podría separarse ni un momento de nosotros para consolarnos».

Y en el *Camino de Perfección*³ Santa Teresa dice: «Si estáis alegre, miradle resucitado; que sólo imaginar cómo salió del sepulcro os alegrará. Mas ¡con qué claridad y con qué hermosura! ¡Con qué majestad, qué victorioso, qué alegre! Como quien tan bien salió de la batalla adonde ha ganado un tan gran reino, que todo le quiere para vos, y a sí con él. Pues ¿es mucho que a quien tanto os da volváis una vez los ojos a mirarle?».

Si prefieren, pueden hacer otra contemplación sobre la Resurrección; la historia se encuentra en los cuatro Evangelios: **Mt 28,1-17; Mc 16,1-14; Lc 24,1-12; Jn 20**; pueden ver la aparición a María Magdalena; la aparición a las otras mujeres; San Pedro y San Juan que van al sepulcro y lo encuentran vacío; la aparición a los discípulos de Emaús; la aparición la tarde del domingo de Pascua en el Cenáculo a todos los apóstoles; tienen libertad para elegir la materia.

Nos pueden ayudar las **razones de conveniencia** de la Resurrección que Santo Tomás da en la Suma Teológica III, 53, 1. Parte de la afirmación que Jesús resucitado hace a los discípulos de Emaús: «*era necesario que el Cristo padeciera para entrar en su gloria*» (**Lc 24,26**). Da cinco razones, todas las cuales, excepto la primera, se refieren a nosotros, es decir, que nos convenía que Cristo resucitara.

1) Primera razón: para afirmar la justicia divina, que levanta a los que se humillan, como dice la Virgen en el *Magnificat* (**Lc 1,52**) «*Ha derribado a los poderosos de sus tronos, ha levantado a los humildes*». Cristo se humilló sumamente hasta la muerte y hasta la muerte en

² SANTA TERESA, *Libro de la vida* 22, 6.

³ *Camino de Perfección* 26,4.

cruz por amor y en obediencia al Padre, por lo que según la justicia de Dios tenía que resucitar. En una de las objeciones dice que Jesús merecía la Resurrección.

2) Segunda razón: para confirmar nuestra fe (ahora las razones de conveniencia son para nosotros, para nuestra vida espiritual y para nuestra vida cristiana); porque en su Resurrección manifiesta plenamente su divinidad en la que debemos creer y así se confirma nuestra fe; como dice San Pablo en **2 Cor 13,4**: *«fue crucificado en razón de su flaqueza, pero está vivo por la fuerza de Dios. Así también nosotros: somos débiles en él, pero viviremos con él por la fuerza de Dios sobre vosotros»*. Y especialmente en **1 Cor 15,14**: *«Y si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe»*. Cristo ha resucitado, por lo que nuestra fe no es en vano.

3) Tercera razón: para sostener nuestra esperanza, porque si Cristo, nuestra cabeza, ha resucitado, nosotros, sus miembros, también esperamos resucitar. Dice en **1 Cor 15,12**: *«si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos ¿cómo andan diciendo algunos entre vosotros que no hay resurrección de los muertos?»*.

Y en **1 Cor 15,19-22**: *«Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, ¡somos los más dignos de compasión de todos los hombres! ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron. Porque, habiendo venido por un hombre la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos. Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo»*. O como ya decía **Job 19,25-27**: *«Yo sé que mi Defensor está vivo, y que él, el último, se levantará sobre el polvo. Tras mi despertar me alzaré junto a él, y con mi propia carne veré a Dios. Yo, sí, yo mismo le veré, mis ojos le mirarán, no ningún otro. ¡Dentro de mí languidecen mis entrañas!»*

Así que tenemos que tener esperanza en nuestra resurrección. Jesús había dicho que Él era la resurrección y la vida, se lo dijo a Marta, hermana de Lázaro. Y también había vinculado la promesa de la futura resurrección a los que comieran su cuerpo y bebieran su sangre: *«Yo le resucitaré en el último día»*. La Eucaristía es, por tanto, una prenda de la gloria futura, y también allí Jesús tiene esta tarea de consolar...

4) Cuarta razón: encaminar la vida de los fieles. Como dice San Pablo en la carta a los **Romanos 6,4**: *«Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva»*, por tanto, vivir ya esta nueva vida, como resucitados. Más adelante, en los versículos **8-11** vuelve a decir: *«Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no tiene ya señorío sobre él. Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida, es un vivir para Dios»*. [Y luego dice lo que toca a nuestra vida:] *«Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús»*.

5) Quinta razón: completar la obra de nuestra salvación. Ya que con su muerte nos había liberado de todos los males, porque la Pasión de Jesús dice Santo Tomás que está ordenada a eliminar los obstáculos de la vida divina en nosotros (principalmente el pecado), mientras que la Resurrección nos ha obtenido cada bien, todos los bienes.

Así, la Pasión fue necesaria para la eliminación del mal, mientras que la Resurrección fue necesaria para la comunicación del bien a nuestra naturaleza humana. San Pablo dice en

Romanos 4,25 que (Cristo) «*fue entregado por nuestros pecados, y fue resucitado para nuestra justificación*». De este modo, habiendo cumplido su obra de salvación especialmente mediante la Resurrección, Jesús nos liberó de la triple esclavitud a la que estábamos sometidos:

- del diablo en primer lugar, como dice la segunda carta de **Pedro 2,19**: «*uno queda esclavo de aquel que le vence*», el diablo había ganado al hombre en el paraíso original;

- del pecado, porque a causa del pecado original, el pecado de naturaleza, todos nosotros, como dice San Pablo en **Romanos 6,17**: «*éramos esclavos del pecado*» y no podíamos liberarnos del mismo. Era un acto de condena que pesaba sobre nosotros, que nos acusaba ante Dios.

- Y finalmente de la esclavitud de la muerte, que había entrado en el mundo a causa del pecado; al anular el pecado de Adán resucitando, Jesús mató a la propia muerte. «*Mors ero mors tua*», “Oh muerte, yo seré tu muerte”.

Así que somos miembros de un Cuerpo cuya Cabeza viva y gloriosa nos espera sentada a la derecha de Dios.

Coloquio:

[225] **Coloquio.** Acabar con un coloquio o coloquios, según la materia correspondiente, y terminar con un Padrenuestro.

SOBRE ALGUNOS EFECTOS DE LA RESURRECCIÓN DE JESÚS⁴

1. Lo que se sigue de la resurrección para el mismo Jesucristo: su exaltación.

El desvelarse y el cumplirse de su persona como la del Cristo y Señor (Kyrios), como se lee en **Hch 2,36**: «*Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado*». O como se dice en **Rm 10,9**: «*Porque, si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo*». O **Flp 2,9-11**: «*Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padres*».

2. El cumplirse y el desvelarse de las palabras de Jesús, de sus obras y de su camino.

Ahora estas realidades están confirmadas por la resurrección de Jesús: su palabra es la verdad, sus obras manifiestan que es Dios, el camino de vida que nos ha enseñado, llamándose a sí mismo “*camino, verdad y vida*”, lleva a la salvación.

3. Se desvela y se cumple el poder de la cruz de Cristo, o si se quiere, de su muerte en la cruz.

Hacia la cruz procedía toda la vida de Cristo, desde la encarnación: «*oblaciones y sacrificios no has querido, pero me has preparado un cuerpo. He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad*»

⁴ Seguimos libremente y adaptamos a H. SCHLIER, *Sobre la resurrección de Jesucristo*, Roma 2008, 30Giorni Ed., capítulo III, p. 53-69.

(**Heb 10,6-7**). En la resurrección se manifiesta el crucificado que ha resucitado (con sus llagas, con los signos de su pasión). Y se manifiesta entonces que la cruz no era el punto final, sino que era la cruz de alguien que iba a resucitar, venciendo a la misma muerte. La cruz de Jesús ha abierto así el camino hacia la vida. Y esto para siempre, y no solo para Jesús, sino para todos los que son sus miembros. Todos podemos ahora acceder al don de la vida de hijos de Dios y de la vida eterna porque este don se nos ha dado en Jesucristo muerto y resucitado. Porque Él padeció la muerte “por nosotros” (“*padeció por nuestros pecados*”). Su muerte por nuestros pecados se manifiesta ahora como vida para nosotros: «*Y murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos*» (**2 Cor 5,15**). “*Su muerte fue un morir al pecado de una vez y para siempre, pero su vida es un vivir para Dios*» (**Rm 6,10**).

«En la resurrección se cumple y se desvela el oculto poder de vida de la cruz de Jesucristo, el poder del amor que, en la obediencia a Dios, sufre por los pecados de los otros y muere bajo ellos» (ellos lo matan). Su muerte se manifiesta como entrada en la vida, y por eso - entre otras razones- S. Juan la considera como la glorificación de Jesús.

4. Se desvela su intercesión por nosotros

Desde la resurrección, el que murió por causa nuestra y por amor nuestro y fue resucitado a la vida indestructible, es el mismo que intercede ahora para siempre, eternamente, por nosotros. Al morir como sacerdote y víctima por nosotros y al resucitar, ha comenzado su eterna intercesión. Como dice Heb, «*de aquí que pueda también salvar perfectamente a los que por Él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor*» (**Heb 7,25; cf. 9,4**). O como dice la Carta a los Romanos: «*¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es quien justifica, ¿quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, el que murió, más aun, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios y que intercede por nosotros?*» (**Rm 8,33ss**).

Así, Él es el Señor del que depende nuestra vida o nuestra muerte, como expresa hermosa y profundamente San Pablo: «*Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya vivamos ya muramos, del Señor somos. Porque Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos*». (**Rm 14,7-9**)

5. Por la resurrección ha sido transformada totalmente la situación del mundo y del hombre.

Ante todo del demonio y de los poderes del cosmos, «*Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas*» (**Ef 6,12**). Con la resurrección de Cristo estos poderes han perdido su dominio. La cruz sufrió también el asalto de estos poderes -políticos y espirituales- y los ha “despojados”, como dice S. Pablo, atándolos a su corteo triunfal (**Col 2,15**). Contra Cristo crucificado y exaltado se ha estrellado toda la autonomía de esos poderes. Él ahora está sentado a la derecha del Padre, «*por encima de todo principado, potestad, virtud, dominación y de todo cuanto tiene nombre*» (**Ef 1,21**).

Todos estos poderes autónomos de Dios (non serviam; cf. **Jer 2,20**) y que luchan contra Dios rabiosamente y al mismo tiempo, como creaturas que son, cumplen a su pesar el plan

de Dios que *«todo lo dispone para el bien de los que lo aman»* (Rm 8,28), todos estos poderes que buscan la muerte (la primera y la segunda, que es la eterna condenación en fuerza del pecado), han sido vaciados de su poder en Cristo muerto por nuestros pecados y vencedor de la muerte por la resurrección. El poder que ellos ejercitan, que es el pecado y la muerte, ha sido derrotado para siempre.

Esto tiene para nosotros consecuencias importantísimas. Ante Cristo crucificado y resucitado todo poder que venga en nombre propio y no en el nombre de Cristo, se quiebra. Es una nadería. No tenemos nada que temer. Nosotros pertenecemos al vencedor, al Señor (Kyrios), al que le dijo a San Juan: *«No temas, soy yo, el Primero y el Ultimo, el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del Hades»* (Ap 1,17). El que nos había dicho ya en la última cena: *«en el mundo tendréis tribulaciones, pero no temáis, Yo he vencido al mundo»* (Jn 16,33). Nosotros tenemos la esperanza puesta en *«el único nombre en el cual podemos alcanzar la salvación»* (Hch 4,12). No tenemos que doblegarnos ante nadie: solo doblegar nuestra rodilla ante Aquel ante el cual *«toda rodilla se dobla, en el cielo, en la tierra y en el abismo, toda lengua confiesa... que es el Señor para gloria de Dios Padre»* (Flp 2,10-11).

Todo poder que venga y no en nombre de Jesús ya está derrotado, incluso los que no conocemos. No tenemos que temer ante nada ni ante nadie. Ante ninguna corriente intelectual, ante ningún espíritu del tiempo, por funestos que sean sus efectos. Ya están derrotados. Con la resurrección incluso el “último enemigo” está vencido, que es la muerte: *«Porque debe él reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo en ser destruido será la Muerte. Porque ha sometido todas las cosas bajo sus pies»* (1 Cor 15,25-27). Con la destrucción de la muerte el poder de los poderes que quieren ser autónomos de Dios es una vacuidad. Lo había dicho Jesús yendo hacia la cruz, la tarde antes de su pasión: *«Ahora es el juicio de este mundo; ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo cuando sea levado de la tierra, atraeré a todos hacia mí»* (Jn 12,31-32). Y más adelante: *«¡Ánimo! Yo he vencido al mundo»* (Jn 16,33).

Todo otro poder no tiene más que la ilusión de poder. Solo Cristo es Señor sobre todo el mundo. Y su Iglesia, que es Él prolongado en la historia. Y los miembros de la Iglesia, que son Cristo mismo: *«todos vosotros sois uno en Cristo Jesús»*. (Gal 3,28)

Por la resurrección la existencia humana ha sido transformada radicalmente. Hemos sido perdonados, salvados, incorporados al Señor y vencedor del demonio, del mundo, del pecado y de la muerte; y en Él resucitados, o con-resucitados. *«Si Cristo no resucitó... estáis todavía en vuestros pecados»* (1 Co 15,17). Pero no: Cristo resucitó *«como el primogénito entre muchos hermanos»* (cf. Col 1,18; Hch 26,23). En Él hemos sido reconciliados (Rm 5,10; 2 Cor 5,18), hemos obtenido la justificación (Hch 13,39; 26,18; Rm 4,25; 5,9) y la santificación (1 Cor 1,30; cf. Col 1,21s; Ef 5,25ss; Tt 2,14). *«En Él, en Jesucristo crucificado y resucitado, sobre el que gravan todos los pecados humanos, pueden ahora los hombres abrazar y vivir una vida reconciliada, justificada y santa»*. Y además se les ha abierto el camino hacia la vida en absoluto. La resurrección de Cristo es la inauguración de la universal resurrección de los muertos y el comienzo del dominio de la vida, para siempre: *«Pero Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo -*

por gracia habéis sido salvados - y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús» (Ef 2,4-6). «Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo» (1 Cor 15,22).

Él así es el «*primogénito de entre los muertos*» (Col 1,18), «*el Jefe que conduce a la vida*» (Hch 3,15).

Se entiende entonces que de la resurrección de Cristo brote nuestra alegría. Aquella alegría que Cristo da y que nadie nos podrá arrebatar. Que María Santísima nos enseñe a vivir siempre de la fe en Cristo muerto y resucitado, Señor del Cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.